

El espíritu del Señor sobre mí, porque me ungió el Señor, me envió a amaestrar a los humildes y a curar los corazones contritos.

La glorificación del Seráfico Padre San Francisco de Asís, hermanos queridísimos, es la ilustración esplendorosa y la glorificación magnífica del Santo Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo.

Las prerrogativas excepcionales y las dotes inestimables del Pobrecito de Dios, toda la luz que irradia de su persona, de su vida, de su acción, que lo hacen tan estimable y fascinador a la distancia de siete siglos y fresco también y admirablemente fecundo, hacen sentir las huellas impresas en el camino atormentado de la humanidad, son el resultado sumamente próspero y feliz de la levadura evangélica del desarrollo prodigioso de la evangélica semilla, fruto brillante, ardiente y divina palpación del Evangelio de Cristo

Teniendo la honra y dicha de hablaros, oh hermanos, de este incomparable Heraldo de Dios, San Francisco de Asís, en la solemne celebración del Séptimo Centenario de su tránsito glorioso al cielo, me parece no poderlo proponer más provechosamente a vuestra piadosa atención que bajo este punto de vista, el cual nos da la idea perfecta del Santo y permitenos evaluar verdaderamente su poderosa acción evangélica y social: punto de vista que responde exactamente a la sublime doctrina del divino Redentor expuesta en el Evangelio, poco ha cantado: y es al mismo tiempo, también la realización de las palabras proféticas de Isaías: El Espíritu del Señor vino sobre mí y me ungió para amaestrar y curar los corazones contritos.

En efecto, San Francisco es todo y exclusivamente fruto del Evangelio y en él vive y triunfa infinitamente fecundo el Evangelio.

*(Se continuará).*